



**EL SALVADOR Y LAS
TRANSFORMACIONES A ESCALA
MUNDIAL**

**EL SALVADOR AND THE WORLD-WIDE
SCALE TRANSFORMATIONS**

**RAYMUNDO CALDERÓN MORÁN
INVESTIGADOR Y DOCENTE
UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR**

REALIDAD Y REFLEXIÓN

Reality and Reflection

20

Año 7, N° 20 San Salvador, El Salvador, Centroamérica Revista Cuatrimestral mayo-agosto 2007
 Year 7, N° 20 San Salvador, El Salvador, Central America Quarterly Journal may-august 2007

El Salvador y las transformaciones a escala mundial

El Salvador and the world-wide scale transformations

Raymundo Calderón Morán
 Investigador y Docente
 Universidad de El Salvador

En un análisis crítico, el autor relaciona los cambios experimentados por la humanidad en los últimos decenios, en un proceso en el que han representado un papel determinante los organismos económicos internacionales y las megaempresas transnacionales. En los años noventa, Cristiani continuó con medidas económicas impuestas desde el periodo de la guerra. Fue el momento de las maquilas, las privatizaciones y las remesas en gran escala. Nació la democracia y desde un inicio se amarró a la racionalidad económica del mercado. Las medidas de alivio a la pobreza dictadas por el Banco Mundial no resuelven el problema. Esta situación de injusticia social choca con el espíritu propugnado por el Acuerdo de Paz. Cuando finalizó el conflicto, el país en vez de llegar a un estadio importante, cayó en la realidad del mercado y del mundo global. Para comerciantes y financistas es su gran negocio; para los pobres, la gran derrota y el aplazamiento de la democracia real. CULTURA CORPORATIVA, GLOBALIZACIÓN.

In a critical analysis, the author in the last few decades relates the changes experienced by the humanity, in a process in which the economic organisms and the transnational mega enterprises have represented a determining paper international. In years ninety, Cristiani continued with imposed economic measures from the period of the war. It was the moment of you assemble them, the privatizations and the remittances in great scale. The democracy was born and from a beginning it was moored to the economic rationality of the market. The measures of lightening to the poverty dictated by the World Bank do not solve the problem. This situation of social injustice hits the spirit advocated by the Peace accord. When the conflict finalized, the country instead of arriving at an important stage, fell in the reality of the market and the global world. For retailers and finances it is its great business; for the poor men, the great defeat and the postponement of the real democracy. CORPORATIVE CULTURE, GLOBALIZACIÓN.

Introducción

Los cambios experimentados por la humanidad en los últimos decenios, han conformado una nueva cultura, que adjetivada bien puede definirse como “cultura global”, tanto por su universalismo como por su sinergia, para expandirse a los más recónditos rincones del planeta.

En este proceso de globalización expansiva han jugado un papel determinante los organismos financieros internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano de Desarrollo) y las megaempresas transnacionales, por su capacidad de “homogeneizar” la totalidad de la sociedad, así como las tecnologías de punta, sobre todo en el campo de las comunicaciones.

Para países como el nuestro, semejante realidad fue inevitable, y sucede, cuando la misma comunidad internacional y el mismo pueblo salvadoreño habían pronunciado un “Basta ya” al conflicto armado. Los organismos financieros, transformados en megaministerios, no hacen otra cosa sino imponer sus reglas –financiamiento a cambio de la ejecución de programas de ajuste y estabilización–, creando, de esta manera, las bases de la nueva “dependencia”, pero, en este caso, en un contexto global y de neoliberalismo.

Por su parte, las transnacionales conllevan la potenciación del oligopolio y absorben o reducen a la mínima expresión a aquellas empresas nacionales, que van quedando desprotegidas por el Estado o por la misma lógica del mercado. En El Salvador, dicho globalismo inducido constituye un entronque fatal para la cultura y para el proyecto de vida largamente postergado,



a causa de la irrupción de las privatizaciones, la introducción del dólar y de los tratados de libre comercio.

Este breve opúsculo, no tiene otro propósito, sino el de reflexionar acerca de este entronque fatal y sus consecuencias en el entorno de la totalidad social salvadoreña. Por tanto, dicho análisis, tiende a ser menos propositivo y más crítico, tomando en cuenta que un pueblo como el salvadoreño, de prolongada trayectoria de lucha y sacrificio, debió merecer un destino más humano al concluir la guerra de la década de los ochenta.

1. Cambio de rumbo en los años noventa

Una vez concluido el conflicto armado, cuya legitimidad se definió con la firma del Acuerdo de Paz en 1992, el gobierno salvadoreño, en ese entonces presidido por el licenciado Alfredo Cristiani, no hizo otra cosa, en primera instancia, sino profundizar los programas de ajuste estructural que habían iniciado como “programas de estabilización” durante el gobierno demócratacristiano del ingeniero Napoleón Duarte.

Es decir, lo que la administración Cristiani hizo fue darle continuidad a una serie de medidas económicas impuestas desde el período de la guerra. La crisis del modelo agroexportador estaba indicando, clara-

mente, la necesidad de sustituir dicho modelo por otro alternativo, en consonancia con los cambios que se estaban generando a escala mundial.

Durante esta coyuntura, por otra parte, se produjeron hechos sin precedentes como lo fueron el desplome de la antigua URSS y la caída del muro de Berlín. El mundo dejó de ser bipolar y se produjo la sensación de un "pensamiento único", homogéneo y posmoderno.

Occidente consideró esta situación como un claro signo de su superioridad, irresquebrajable y contundente, y se atrevió, incluso, a hablar del final de la historia (Fukuyama: 1992). En este contexto, el proceso de globalización en su fase avanzada, no tiene cortapisas para imponerse y desplegarse, muy a pesar del orden en que queda dividido el planeta: países opulentos (Norte) y países pobres (Sur).

Semejante proceso de planetarización no tiene parangón en la historia, y como si se tratara de una colosal hidra de siete cabezas va imponiendo sus reglas y normas, es decir, la lógica del mercado total y de los centros financieros, Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional, emanados desde los viejos tiempos de Bretton Woods.

El Salvador es engullido por esta dinámica global y exógena por la vía del abatimiento de las barreras proteccionistas, la liberalización de los precios y la deconstrucción del Estado tradicional por el Estado moderno, garante de las reglas del mercado.

El Acuerdo de Paz, aunque planteó la necesidad de reestructurar el régimen económico —una de las raíces estructurales que provocaron la crisis de los ochentas—,





a la larga no tuvo mayor incidencia en la conformación de una economía social de mercado, que generara oportunidades para la gente. La mejor prueba de esto es que la migración salvadoreña hacia los Estados Unidos no se detuvo sino que aumentó a escala nunca vistas.

La mayor incidencia del Acuerdo de Paz estuvo en la reforma política al abrirse los espacios relacionados con la libertad de expresión y de asociación y la participación ciudadana a través de los partidos políticos. Lamentablemente, estos espacios han sido fuertemente mediatizados en nuestros días por la influencia indiscriminada de los medios de comunicación.

Puede afirmarse que esta arremetida del "pensamiento único" en contra del Estado-Nación es impresionante, pues, aunque enunciativamente las fórmulas que dicho pensamiento maneja parecen simples o epigramáticas, al decir, Menos Estado, más mercado, menos nacionalidad, más globalización, en términos prácticos son fórmulas harto complejas, en tanto que redefinen el nuevo universo de las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales, en un ámbito que ha dejado de ser regional-nacional para trascender a lo internacional.

Para cualquier observador atento es evidente, y no es preciso ser un experto en Estudios Sociales, que El Salvador de hoy no es El Salvador de ayer, pues el llamado modelo agroexportador con dificultades logró sostenerse hasta el decenio de los ochentas (Dada Hirezi: 1995).

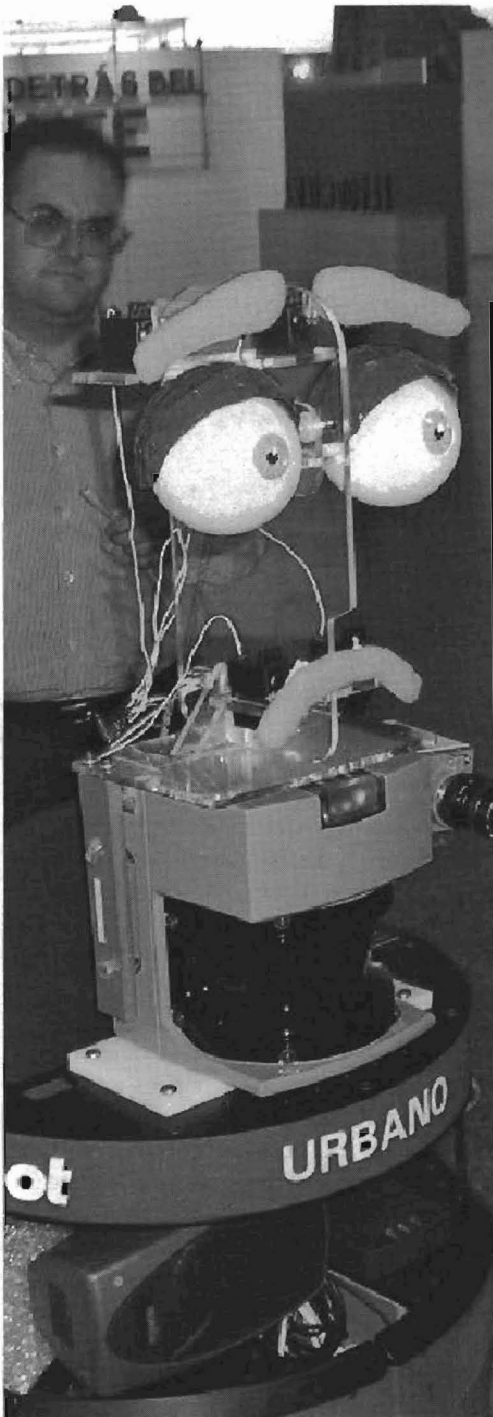
En los noventas El Salvador experimentó transformaciones profundas como producto de un doble proceso. Por un lado,



el impacto de la guerra cambió de raíz la realidad del país. No hay salvadoreño y salvadoreña que de una u otra manera no se haya visto afectado por este fenómeno que alcanzó dimensiones nacionales. La gran diáspora hacia los Estados Unidos y otras partes del mundo, inició a partir de la guerra. El Salvador dejó de ser un país esencialmente agrícola para convertirse en un país de emigrantes, inclusive hasta nuestros días. Por otro lado, las nuevas administraciones de ARENA pensaron que una economía asentada sobre las maquilas sería lo que resolvería el empleo de una fuerza de trabajo femenina en expansión, y es por ello que había que abrir las puertas al capital “golondrina” como medida de salvación para el desempleo. El ex presidente Calderón Sol expresó en cierto momento que convertiría a El Salvador en un país de maquilas.

Pero no fueron los noventa sólo el momento de las maquilas sino también de las privatizaciones y del inicio de las remesas en gran escala. La Banca que estuvo “estatizada” durante los ochentas pasó a manos privadas durante los noventas. Reconocidas familias de gran poder económico pasaron a controlar el sistema financiero del país.

Por otra parte, por recomendaciones “expresas” de los organismos financieros internacionales, el Estado salvadoreño vendió los activos de entidades públicas de enorme rentabilidad, como son los casos de Administración Nacional de Telecomunicaciones (ANTEL), parte de Comisión Ejecutiva Hidroeléctrica del Río Lempa (CEL), Compañía de Alumbrado Eléctrico de San Salvador (CAESS), etc. De este modo El Salvador perdió el control sobre rubros estratégicos, como lo son la energía y las comunicaciones.



También en los noventa inició el llamado círculo de las remesas. La constante y creciente emigración de salvadoreños hacia los Estados Unidos, principalmente, empezó a generar la llegada de remesas en gran escala. A finales de la década eran 1,200 millones de dólares. Hoy, en lo que va del 2006 las remesas rondan los 3,000 millones.

Al parecer El Salvador continuará viviendo de remesas durante muchos años, pues como lo expresara el economista Javier de Ibisate, es el "trabajo que los pobres hacen en el exterior quien sostiene el modelo de los ricos".

Para los organismos financieros internacionales y las políticas globalizadoras del mercado, esta es la única manera de superar el atraso y lograr, en consecuencia, convertirse en una sociedad moderna, y es que cobran realidad las siguientes palabras: "Hay crisis, pero la economía va bien.

Se ha conjurado al espíritu de la democracia y del mercado, para que las fuerzas de la economía crezcan y den testimonio de lo bello que es el paraíso capitalista, no importa, que para ello se mantenga tajante el divorcio entre economía, sociedad y política. Anatema sit quien hable de humanismo en el contexto del mercado, porque la regla de éste es la competitividad. Anatema sit quien hable de solidaridad, porque este es un atavismo tribal" (Hayek: 1990).

Las consideraciones anteriores permiten ver, en consecuencia, cuán distinto es El Salvador de hoy, que ha sido puesto en el tren de la globalización a toda máquina, bajo la complicidad del estribillo neoliberal: "La globalización es inevitable. Lo que les queda a las economías de países como el nues-

tro es buscar los mecanismos de inserción a la economía global”.

Para saltar con éxito a este “club”, se comenta en los altos círculos de poder, también hay que hacer reformas. En efecto, es condición aplicar reformas para entrar con pie firme al nuevo y selecto club. Este reformismo debe tocar a la flamante macroeconomía –con sus reformas monetaria, fiscal y tributaria–, al obsoleto sistema de educación nacional –con su reforma educativa en marcha–, al cuestionado Órgano Judicial y a la excluyente estructura de poder –con sus reformas judiciales y políticas–.

En el fondo no interesan tanto estas reformas, pero hay que hablar de ellas e insistir en que se está avanzando. Lo que esencialmente interesa es impulsar el mercado y la cultura global de consumo. En este sentido es que la conclusión del conflicto armado en El Salvador fue perfectamente aprovechada para que poderosos grupos económicos impulsaran una serie de medidas, todas ellas tendientes a completar las “medidas económicas” implementadas durante la administración Duarte.

Al parecer, bajo este modelo, El Salvador no ha tenido más opción que saltar a este tren, absorbido por la implacable lógica del capital transnacional, que no tolera fronteras ni culturas nacionales.

Y en razón de esto y de otros factores es que la década de los noventas ha significado para nuestro país un cambio de rumbo traumático, por la velocidad y drasticidad con que se impuso la globalización, bajo la sombrilla del paradigma neoliberal. En efecto, no es arbitrario cuando algunos economistas señalan que de la guerra político-militar se pasó abruptamente a la guerra económica.



2. Entre el crecimiento económico y la exclusión

Desde que la ciencia económica ha dado en llamarse Economía a secas, el riesgo de cuantificar toda realidad parece ser al momento una verdad. En el *corpus* teórico de la Escuela Clásica, la economía se aparejaba con el término "política", para dar a entender que los problemas reales de la economía deben ser los de la comunidad o de la sociedad. Por ejemplo, Marx escribe su Contribución a la Crítica de la Economía Política, y toda una pléyade de economistas conciben sus obras bajo esta óptica, inclusive Adam Smith.

Luis de Sebastián hace igual planteamiento en su artículo: "La ciencia económica, ¿es política o es técnica?" (ECA N° 381/382: 1980). Se desprende de su planteamiento que la técnica es parte fundamental de la economía, pero la economía no se reduce a la técnica, porque en este caso se vuelve instrumental. El problema está en que lo técnico, que es nada más una herramienta, ha ocupado el lugar de lo político, convirtiéndose lo político en medio cuando debe ser fin.

Esta verdad fundamental es lo que se ha trastocado en el modelo neoliberal y en la estrategia global, es decir, de lo que se trata es de subordinar las necesidades reales de la gente a la lógica de los intereses del mercado, convirtiéndose la economía en un instrumento de esta lógica y dejando de lado los intereses de la comunidad o de la sociedad, que debe ser su principal finalidad.

En El Salvador, en donde aún impera este modelo, la preocupación número uno de la empresa privada y del gobierno es el crecimiento económico, la competitividad empresarial, las inversiones, en otras

palabras, los índices macroeconómicos. Para solventar la problemática social hay que esperar a que la economía crezca, para poder hacer efectiva la inversión en capital humano (teoría del rebalse).

En sana economía nadie pone en duda que el crecimiento económico es condición *sine qua non* para solucionar la cuestión social, pero el neoliberalismo siempre está exigiendo "sacrificios humanos" para hoy, para nunca resolver mañana. La fórmula se resume en una escueta frase pronunciada por un "rancio" cafetalero del occidente del país: **"La buena economía es como el azadón: todo para adentro, nada para afuera"**.

Esta lógica de acumulación extrema se pensó superada, sobre todo por los buenos tiempos del Estado Benefactor, pero la realidad de los últimos tiempos ha demostrado lo contrario. Voces tan influyentes como la del Papa Juan Pablo II denunciaron e hicieron condena tildándolo de "capitalismo salvaje", por la incompatibilidad de sus principios con los principios de la convivencia humana.

De este modo, el lado negativo del sistema *-demens-*, haciéndose acompañar de lo más irracional de la mal llamada posmodernidad, irrumpe en el escenario mundial como si se tratase de una bestia apocalíptica de malos augurios, atando de manos inclusive a la democracia, que la reduce a democracia restringida o de baja intensidad; a los derechos humanos, que sólo valen en cuanto derechos políticos; a la educación, que pierde su esencia humanista para convertirse en técnica; a la ecología, cuya importancia sólo se ve a través del ecoturismo; y en fin, a la oposición política, que debe modernizarse y aprender la "tolerancia", es decir, no cuestionar la lógica del mercado.

Crecer de este modo ha implicado para el país profundizar la vieja dicotomía estructural pobreza-riqueza, pues tal como lo muestran los indicadores de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la pobreza tanto absoluta como relativa ha aumentado en vez de disminuir.

Tal como se mencionó anteriormente, la mejor prueba de ello es la fuerte emigración de salvadoreños al exterior, que ya no sólo empuja a los sectores más empobrecidos sino también a sectores medios, como producto del deterioro de las condiciones de vida de la clase media. De aquí deriva para los más pobres uno de los problemas éticos y de lesa humanidad, como es el de la exclusión.

Helio Gallardo, en sus "Notas sobre la situación mundial observada desde América Latina" (Revista Pasos N°54: 1994), nos dice: "En la década de los sesenta, la imagen del pobre en América Latina era la de un 'marginal'. 'Estar al margen' significaba quedar en el límite exterior inmediato de los procesos expansivos de modernización e industrialización, pero tarde o temprano, sería integrado a ellos, es decir, sería integrado a la nación".

"El 'marginal' era leído positivamente, desde procesos de integración. En las décadas de los ochenta y noventa, el pobre es un 'excluido', un expulsado del mercado y de su lógica. En el límite, un 'desechable' (Colombia), alguien de quien la sociedad puede prescindir porque resulta inútil y hostil. La transformación del marginal en excluido y 'desechable' implica, no sólo una variación en el modelo económico, sino una transformación y degradación éticas".

Así, expulsar de la lógica del mercado a un ser humano por inútil y hostil es la constatación



más pura de lo inviable del neoliberalismo, pues el expulsarlo implica su estigmatización social, que tarde o temprano le empuja a la ilegalidad. Las soluciones tecnocráticas, frías y calculadas de los "especialistas sin espíritu", como decía el sociólogo alemán Max Weber, resuelven el problema de la racionalidad económica capitalista, pero no el problema ético de la exclusión.

El gran poeta peruano César Vallejo plasmó fielmente en su obra *Los heraldos negros* la situación límite del hombre que sufre, sin saber por qué:

Hay golpes en la vida, tan fuertes... yo no sé
golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé,
son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.

En el problema que nos ocupa los golpes no vienen de Dios, no provienen de un más allá metafísico y misterioso, sino de un más acá, concreto y real, coincidiendo con el empobrecimiento a que se ha sometido la ciencia económica por quienes, únicamente, ven números y racionalidad. Es difícil evitar la tentación de citar un párrafo de Karl Marx contenido en el Primer Prólogo de *El Capital* de 1873, el cual a la letra reza:

“Y si nuestros gobiernos y parlamentos instituyesen periódicamente, como se hace en Inglaterra, comisiones de investigación para estudiar las condiciones económicas; si estas comisiones se lanzasen a la búsqueda de la verdad pertrechadas con la misma plenitud de poderes de que gozan en Inglaterra, y si el desempeño de esta tarea corriese a cargo de hombres tan peritos, imparciales e intransigentes como los inspectores de fábricas de aquel país, los inspectores médicos que tienen a su cargo la redacción de los informes sobre ‘Public Health’ (salud pública), los comisarios ingleses encargados de investigar la explotación de la mujer y del niño, el estado de la vivienda y la alimentación, etc., nos aterrariamos ante nuestra propia realidad.

Perseo se envolvía en un manto de niebla para perseguir a los monstruos. Nosotros nos tapamos con nuestro embozo de niebla los oídos y los ojos para no ver ni oír las monstruosidades y poder negarlas”.

Así, en nuestro país nos tapamos los oídos y los ojos para no ver las monstruosidades de los pobres excluidos (ojos que no ven, corazón que no siente), pero los abrimos para ver y saludar el “progreso” de una democracia en marcha, de unos índices macroeconómicos “estables”, de un empresariado fuerte, con pretensiones de regionalizar sus inversiones.

Para qué abrirlos ante el dolor humano, pues el abrirlos significa ser débiles y mostrar una “moral de esclavos”, como lo planteaba la antiética de Friedrich Nietzsche. Es mejor vivir el momento, lo posmoderno, sin reparar en las monstruosidades, porque esta guerra la perdieron los débiles y la han ganado los fuertes (Hinkelammert: 1987), tanto aquí en El Salvador, como en el resto del mun-

do. De nuevo la rebelión de los excluidos ha sido aplazada.

Entonces, oídos y ojos están cerrados. Fueron cerrados por el “pensamiento único” neoliberal, global y posmoderno, para que la labor de los inspectores del trabajo y la salud deje de apertrecharse del peritaje, la imparcialidad y la intransigencia; para que nuestra sensibilidad abandone la alteridad y se desdibuje en una falsa caridad cristiana.

3. Una democracia condicionada y limitada

Desde el punto de vista político, El Salvador se va a reconfigurar a partir de los noventas, por medio de un fenómeno nuevo: La eclosión de la democracia como producto de las transformaciones políticas y económicas sucedidas en el último cuarto del siglo XX.

El mercado, junto con los centros de poder, consideran que es necesario implementar un determinado tipo de democracia, la llamada democracia restringida, precisamente para asegurar las condiciones de este mercado. Samuel P. Huntington le otorga un estatus global a la nueva democracia y la define como la tercera ola del capitalismo avanzado (The Third Wave: 1991). Las condiciones del mercado no se pueden asegurar si, paralelamente, no se aseguran las condiciones políticas.

En consecuencia, para garantizar el nuevo marco económico para la globalización y los retos del siglo XXI, había que realizar dos procesos: a) Pacificar el país por la vía de la negociación (proceso de diálogo-negociación). b) Reformar políticamente el país para que la oposición armada se integrara al juego político en el contexto de una nueva legislación. Por ejemplo, in-

corporar al FMLN como partido político. Con estos dos procesos se pretendió iniciar un crecimiento sostenido de la economía, atraer a inversionistas y desmontar el viejo pero fortificado aparato militar de los años ochenta.

Por las razones esgrimidas anteriormente, puede considerarse que la democracia en El Salvador nace en entredicho, por cuanto se la subordinó desde un principio a los cambios de la coyuntura mundial, y lo más grave, a los objetivos y metas del modelo neoliberal. Este ha sido el mayor pecado en la reconstrucción del tejido social de un país que venía de una guerra prolongada, cuyas consecuencias pueden palpase si tomamos el pulso de lo que acontece actualmente en los escenarios económico, social, político y cultural.

Por ejemplo, es evidente la descomposición del sistema político salvadoreño, infectado por la corrupción y la falta de credibilidad, y como muy bien dice Néstor García Candelini, "Desilusionados de las burocracias estatales, partidarias y sindicales, los públicos acuden a la radio y la televisión para lograr lo que las instituciones ciudadanas no proporcionan: servicios, justicia, reparaciones o simple atención" (Consumidores y Ciudadanos: 1995).

En El Salvador ocurre esto, es decir, públicos profundamente desilusionados de partidos políticos sin identidad, cuyos líderes lo único que han hecho es comer bien a costa de la hacienda pública. Prefieren, mejor, que sus necesidades y preguntas se resuelvan y contesten en otros espacios, "el de los medios masivos más que en las reglas abstractas de la democracia" (*Ídem*). Por supuesto, que los medios no resolverán estas nece-

sidades e inquietudes, pero darán un "poco de pan y de circo".

Es evidente, por tanto, la falta de articulación entre economía, sociedad civil y sistema político, y esto en razón de que las manifestaciones de la cultura, de la sociedad y de la política "han sido sometidas a los valores que 'dinamizan' el mercado y la moda: consumo incesantemente renovado, sorpresa y entretenimiento" (*Ídem*).

En consecuencia, una democracia que desde un inicio se amarró a la racionalidad económica del mercado, muy difícilmente puede operar con la suficiente autonomía para erradicar los desequilibrios estructurales que afectan a la sociedad salvadoreña, menos aún para alcanzar índices respetables de desarrollo humano en el escenario de las naciones.

Ahora bien, ¿significa lo anterior que el Acuerdo de Paz no posibilitó la transición del autoritarismo a la democracia? Teóricamente se podría responder que sí, y de hecho, es innegable que se han abierto espacios políticos, de libertad de expresión y asociación, potencialmente muy importantes.

Sin embargo, son espacios muy *sui generis*, cada vez más cooptados por la lógica del mercado, del oportunismo y por la carencia de una ética política y social. El tipo de democracia que el modo neoliberal de ser acepta es el que se ubica en el marco de esta lógica, es decir como democracia de baja intensidad. Si está fuera de este marco, se rechaza en nombre de la misma democracia.

En el fondo este juego de palabras es un malabarismo ideológico que pretende presentar una imagen racional del modo neo-

liberal, cuando en realidad su esencia *per se* es ser irracional. Si queremos ser consecuentes con el espíritu del Acuerdo de Paz, “no sólo es el principio abstracto de la democracia el que debe salvarse y fundirse en una nueva forma, también debe realizarse la exigencia de la justicia social si deseamos garantizar el funcionamiento del nuevo orden social” (Mannheim: 1978).

En El Salvador, la justicia social ha sido una tarea largamente postergada, una tarea todavía no resuelta, a pesar del cúmulo de declaraciones y reformas. ¿No es acaso peregrina una Reforma Educativa que busca formar capital humano con cobertura y calidad, cuando hay más de 300,000 niños y niñas en este país que trabajan para poder comer? ¿Y qué decir de la pobreza que abate al campo y a la ciudad por la falta de políticas económicas y sociales adecuadas y humanas?

Las medidas de “alivio” a la pobreza llevadas y traídas por el Banco Mundial no resuelven un problema que tiene que ser curado de raíz. Esta situación de injusticia social choca, efectivamente, con el espíritu del Acuerdo de Paz, con el espíritu de convivencia política y social propugnados por él.

A quince años de su firma, la sociedad salvadoreña ha retrocedido brutalmente, en términos humanos, aunque para los neoliberales la economía salvadoreña, en términos macroeconómicos, se presenta como de las más sólidas de la región. De persistir este nudo gordiano no podemos garantizar una democracia real ni tampoco el desarrollo.

De nuevo las palabras de Karl Mannheim vienen a advertirnos que ante una situación de crisis “debemos ser capaces de

dar con aquellos pasos que, tomados a tiempo, pudieran hacer de la sociedad lo que ésta debe ser” (Diagnóstico de nuestro tiempo: 1978).

Desde nuestro punto de vista, esta realidad de crisis pero al mismo tiempo de toma de decisiones, legitima la gran pregunta: ¿Acaso hay que firmar otro Acuerdo de Paz para concluir con la guerra neoliberal y la globalización inducida? Nos parece justo y necesario para que en El Salvador podamos hablar “realmente” de una democracia sin exclusión. Si somos capaces de esto y lo hacemos a tiempo estaremos haciendo una decisiva contribución al desarrollo humano del pueblo salvadoreño.

4. Reflexión final

Al término del conflicto armado, El Salvador merecía entrar en un escenario distinto, más en consonancia con el prolongado sacrificio de los años ochenta.

Pero soplaron otros vientos y su proyecto de cambio social, como el de muchos pueblos de la tierra, quedó extrapolado de la historia, pues según el decir, ya no había historia. Llegó en su lugar la realidad del mundo global, del mercado, de la frialdad de la técnica y del relativismo posmoderno, como especie de *Deus ex machina*, afirmando lo absoluto de su verdad y de su misión metahistórica.

En otras palabras, estas son las condiciones con las cuales el país se encuentra al firmar el Acuerdo de Paz. De hecho ¿cómo se podía resistir el embate de la globalización inducida y el modo neoliberal, si desde dentro, sectores interesados la impulsan y la aceptan?

Para la gran empresa comercial y financiera es su gran negocio y la oportunidad de demostrar la fuerza del mercado. En cambio para los pobres es la gran derrota y el aplazamiento de la democracia real, siempre a las puertas, pero nunca sin llegar.

Es el tiempo de volver a reflexionar con detenimiento sobre aquellas palabras de Marx escritas en El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte: "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas, y heredadas del pasado".

La pregunta es: ¿Cuáles son para nuestro caso esas circunstancias directamente dadas con las cuales hemos topado y que llegan heredadas del pasado? La historia lo dirá y nos hace cómplices de esta responsabilidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DADA HIREZI, Héctor. «La transformación social, los movimientos sociales y los partidos políticos». En Globalización, Sociedad, Estado y Mercado. San Salvador, Konrad Adenauer Stiftung – ISED, 1995, pp.27-39.

FUKUYAMA, Francis. El fin de la historia y el último hombre. Barcelona, Editorial Planeta, 1992.

GALLARDO, Helio. «Notas sobre la situación mundial observada desde América Latina». Revista

Pasos, N° 54, San José, 1994, p.20.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. Consumidores y Ciudadanos. México, Editorial Grijalbo, 1995, pp.13-37.

HAYECK, George. La fatal arrogancia. Los errores del socialismo. Madrid, Unión Editorial, 1990.

HINKELAMMER, Franz. «Frente a la cultura de la postmodernidad: proyecto político y utopía». Revista Polémica, N° 2, Segunda Época, San José, 1987, p.9.

HUNTINGTON, Samuel P. The third wave. Oklahoma University Press, 1991.

MARX, Karl. Prólogo a El Capital de 1873. México, Fondo de Cultura Económica, T 1, 1984, pp.14-15.

El 18 Brumario de Luis Bonaparte. Barcelona, Editorial Ariel, 1968, p.11.

MANNHEIM, Karl. Diagnóstico de nuestro tiempo. México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, 1978, pp.13 y 15.

SEBASTIÁN, Luis de «La ciencia económica, ¿es política o es técnica?» Revista ECA, N° 381/382, San Salvador, 1980, pp.697-706.

VALLEJO, César. "Los heraldos negros". En Obra Poética Completa. Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1980, p.5.

INFORMES

Informe de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), Año 2005, México, D.F.

Informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Año 2005, Nueva York.